

CONFERENCIA**Turismo: reconvertirse para competir**

A pesar de que el tiempo parece no acompañar este principio de temporada veraniega, un año más, al parecer, se van a batir todos los récords turísticos tanto en número de visitantes como en ingresos. Las cifras que se están manejando en la actualidad dan miedo en algunos casos, ya que podría desbordar la capacidad de la oferta española, con una infraestructura que le ha permitido situarse en el segundo puesto mundial en cuanto a ingresos y en el tercero por el número de turistas. Pero parece que la sangre no va a llegar al río y algunos mecanismos de defensa evitarán que se generalice el *overbooking* una vez que se haya extendido el cartel de completo por hoteles y apartamentos. El año pasado ya se batieron todos los récords y éste se espera un nuevo incremento, tanto de visitantes como de ingresos.

Al margen del mayor o menor grado de optimismo, en algunas de las manifestaciones parecen confirmarse ya las dificultades que atraviesan los operadores turísticos para encontrar aviones que desplacen a todos los turistas que han solicitado pasar algunos días en nuestras playas durante las próximas semanas. Las reservas de *slots* (aterrizajes y despegues en los aeropuertos) han aumentado un 11% según la Secretaría de Estado de Turismo, aunque se concentran fundamentalmente en Baleares.

En 1996 tuvimos casi 62 millones de visitantes, de los que 41 son considerados como turistas por la Administración al dormir al menos una noche, y aportaron unos ingresos brutos de 3,5 billones de pesetas. Pues bien, hasta el mes de mayo de este año la entrada de visitantes ha sido un 4,5% superior a la del mismo periodo de 1996 y, lo que es más importante, el saldo por turismo, es decir, la diferencia entre lo que se gastan los que vienen de fuera y lo que nosotros nos gastamos fuera, crecía un 15,5% a nuestro favor. En un año, además, en el que el turismo nacional está alcanzando elevadas cotas también como consecuencia de la recuperación económica.

Históricamente la evolución de la industria turística se caracteriza por unos primeros lustros de crecimientos exponenciales, seguidos de un crecimiento moderado posterior, pero sostenido. Únicamente dos crisis internacionales, la del petróleo en los primeros años setenta y la provocada por la Guerra del Golfo en los ochenta, han hecho descender las cifras del sector. Un sector que ya aporta más del 10% a la formación del producto interior bruto y es responsable directa o indirectamente del 9% del empleo, aunque tenga un fuerte componente de temporalidad.

En determinadas zonas de Andalucía son famosos los tres tercios en que dividen a lo largo del año su actividad laboral muchos trabajadores: la construcción, las labores de recolección y la hostelería en verano.

En una de las múltiples reuniones sectoriales que se celebran para abordar los problemas relacionados con el turismo, uno de los asistentes planteaba la siguiente cuestión: ¿qué ocurriría en España si de pronto nuestros amables visitantes extranjeros cambiaran sus destinos vacacionales y decidieran no aparecer por estas tierras? Las

respuestas, a cual más pesimista, terminaban todas con algo parecido a “afortunadamente eso no va a ocurrir nunca”.

La sociedad española parece que ha asumido su condena a recibir año tras año a un número superior de visitantes que los habitantes que la componen. Desde principios de los años sesenta se ha ido extendiendo ese determinismo del maná turístico por el que muy poco han hecho las sucesivas administraciones que ha habido en España.

Han tenido que abarrotarse nuestras playas, materializarse auténticas barbaridades urbanísticas y ver a los turistas bajarse del vuelo chárter con la caja de cervezas al hombro para llegar a la conclusión de que hay que apostar por la calidad y dar menos importancia a la cantidad.

A finales de los años ochenta, las relaciones de amor y odio a las que están condenados los empresarios del sector turístico y los grandes operadores extranjeros que canalizan hacia España más de 20 millones de turistas cada año atravesaron un momento difícil. Hay que tener en cuenta que el 94% de los turistas procede de Europa, que el 56% llega mediante algún paquete turístico y el 24% utiliza los servicios de alguna agencia de viajes para reservar alojamiento o asegurarse el transporte correspondiente. Es decir, que los hoteleros españoles necesitan la participación de los operadores que canalizan sus clientes hacia España y éstos la de los hoteles que acojan a sus grupos. Están condenados a entenderse.

Actualmente son 8 ó 10 los grandes operadores turísticos –alemanes, británicos y escandinavos, fundamentalmente- que controlan los flujos hacia España, y todo parece indicar que en los próximos dos o tres años se habrá reducido a tres o cuatro, habida cuenta del proceso imparable de fusiones y absorciones que se está produciendo.

Pues bien, estos grandes grupos decidieron con el cambio de década desviar hacia nuevos destinos a su clientela; Túnez, Grecia, Turquía, Yugoslavia... pero el experimento no funcionó y tuvieron que reconducir sus objetivos a las costas españolas.

Pero durante estos últimos años, las cosas han cambiado bastante en el ámbito turístico internacional: el propio ministro de Economía, Rodrigo Rato, hace unos meses llamaba la atención sobre el peligro que supone el aumento de la competencia ante los imparables procesos liberalizadores en el mundo que abrirán el camino a nuevos competidores.

Queda algún tiempo antes de que Yugoslavia recupere su oferta, pero Túnez está levantando a marchas forzadas una importante oferta que en algunos centros de nueva creación supone hasta 40.000 camas. Y ésa no es la única amenaza. Con la incorporación del euro, España perderá una importante baza competitiva, como es el precio frente a los competidores externos a la Unión Monetaria.

Hay que iniciar por tanto un proceso de adaptación del sector a las exigencias de los próximos años, si no queremos perder el segundo puesto por ingresos turísticos que alcanzamos en 1996, tras superar a Francia y sólo por detrás de Estados Unidos.

Parece que empezamos a reaccionar. Hasta este curso académico, la primera industria nacional no tenía siquiera titulados universitarios. Y la formación no es la única deficiencia. El tejido empresarial sigue siendo uno de los menos claros y quizá también de los más atrasados en cuanto a la evolución de los sistemas y métodos de gestión.

El 80% de las empresas turísticas están en manos de pequeñas empresas, muchas de ellas de explotación familiar, y hay una importante cantidad de negocios sumergidos (al margen de la ley) que es difícil de cuantificar. Los controles de la Administración local para evitar abusos tampoco dan los resultados esperados. Existe además una creciente cantidad de leyes y normas que regulan cuestiones de la importancia del suelo, horarios comerciales, medio ambiente, y un largo etcétera, que varían además de una comunidad autónoma a otra.

Tan sólo en una cosa parece que todos están de acuerdo: la necesidad de potenciar la calidad, algo que no tiene por qué significar mayores costes y sí una mayor rentabilidad.

Ramón Casamayor
EL PAÍS, 6 de julio de 1997